



HAMITS Y EL INTÉRPRETE

FELIPE HENRÍQUEZ

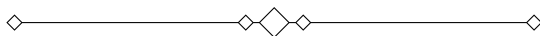


CONVERSACIONES CON EL MÁS ALLÁ

Luciérnaga

FELIPE HENRÍQUEZ

HAMITS Y EL INTÉRPRETE



CONVERSACIONES
CON EL MÁS ALLÁ



Ediciones
Luciérnaga

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Felipe Henríquez García, 2023.

© de las fotos de cubierta: Shutterstock / ekosuwandono y Ints Vikmanis

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: abril de 2024

© Edicions 62, S.A., 2024

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-19996-18-3

Depósito legal: B. 19.621-2023

Impreso en España – *Printed in Spain*



SUMARIO

Nota del autor	9
--------------------------	---

I

LA CONEXIÓN CON EL ESPÍRITU

La gran familia.	13
Mi encuentro con Hamits.	25

II

LOS MENSAJES DEL MUNDO ESPIRITUAL

Sesión 1. Morí como viví	51
Sesión 2. «Y mi ángel vino a visitarme»	59
Sesión 3. El despertar de Carmen	65
Sesión 4. Sanar el árbol familiar	69
Sesión 5. Un mensaje liberador.	75
Sesión 6. Tiempo de crecer y de vivir	81
Sesión 7. Regreso a ti	85
Sesión 8. Disolver los pactos	91
Sesión 9. Hogar, dulce hogar	99
Sesión 10. «¿Ellos están aquí? Pues díles...»	103
Sesión 11. Yayi, el espíritu de la naturaleza	109
Sesión 12. Un reencuentro sin pecado	115
Sesión 13. Albert y Fred	123
Sesión 14. «Mi bebé siempre estará aquí»	131
Sesión 15. Saltar de alegría.	135
Sesión 16. «Campeón, mi campeón»	139

Sesión 17. La experiencia más personal	143
Sesión 18. Incredulidad y sanación.	147
Sesión 19. «Y encontré a mi Estrella»	151
Sesión 20. «Que se vaya al infierno»	157
Sesión 21. La desnutrición espiritual	165

III

LA DIVIUNIDAD

Aprende a partir para aprender a vivir	175
Canalización final: la <i>diviunidad</i>	181
<i>Agradecimientos</i>	191

I

La conexión con el espíritu

LA GRAN FAMILIA

En múltiples ocasiones, muchas personas me han hecho preguntas recurrentes que generaron en mí la iniciativa de escribir este libro, animado por mis guías espirituales, en especial por Hamits, uno de los maestros que desde niño me guía y acompaña en mi desarrollo personal y espiritual. Pero ¿qué significa que tengo un maestro espiritual o qué es eso de los guías espirituales? ¿Y qué es el mundo espiritual? Esta y otras preguntas semejantes encontrarán respuesta en las páginas de este libro, en el que comparto el conocimiento que, durante casi treinta años, he ido recibiendo del mundo espiritual en las distintas actividades de mi carrera profesional, en las sesiones individuales de conexión con los guías espirituales, o en las conferencias, cursos y talleres que tengo la bendición de realizar por todo el mundo.

Desde niño tengo la habilidad de conectar con espíritus de familiares a los que conocí brevemente, pues era muy pequeño cuando partieron. Lejos de que se borrasen de mi recuerdo por mi corta edad, se hicieron cada vez más nítidos, ya que podía verlos, sentirlos y escucharlos como si estuvieran presentes físicamente. Los espíritus coexisten con nosotros en otros planos de consciencia, y esto es posible porque al no tener cuerpo físico, forman parte vibracionalmente, por decirlo de algún modo, de un cuerpo energético intangible para la gran mayoría de las personas, pero del que formamos parte y

que se comunica con nosotros de manera consciente, bien cuando estamos preparados, o bien a través de los médiums, que son instrumentos de conexión entre ambos mundos, como es mi caso.

A menudo me preguntan también cómo me di cuenta de que era médium y, en realidad, hay una pregunta anterior a esta: ¿cómo me di cuenta de que los espíritus eran espíritus y no personas vivas? Yo no tenía consciencia de la muerte hasta que viví la pérdida de mis abuelos paternos y, antes de esto, ya les hablaba a mis padres sobre familiares que habían partido incluso antes de mi nacimiento. Lo cierto es que seguí en contacto con mis abuelos después de su fallecimiento y fue entonces cuando, ante el asombro de mis padres (que intentaron obviarlo durante mucho tiempo) pude identificar qué era un espíritu. A uno de los que se convertiría en mi maestro y al que posteriormente le pondría cara, pues solo escuchaba su voz y por ello yo le llamaba precisamente así, la Voz, a quien no había conocido físicamente como a mis abuelos, yo lo concebía como a mi amigo, ese famoso amigo imaginario que muchos niños tienen frecuentemente. Sin embargo, sobre los siete años mi percepción sobre esta conexión con los espíritus cambió, como te desvelaré más adelante.

Hay varias preguntas sobre el mundo espiritual que se entrelazan y que muchos nos hacemos. Por ejemplo: ¿de verdad existe Dios? ¿Qué sentido tiene todo esto? ¿Qué sentido tiene la vida? ¿Y qué sentido tiene la muerte? Quiero compartir contigo la respuesta que a todas estas cuestiones me dio mi guía, la Voz, y que es la siguiente alegoría sobre la gran familia.

Felipe, imagina una familia, una gran familia colmada de amor incondicional donde reina la armonía y fluye el deseo de expansión de la única verdad que existe y que es el código original de la existencia: el amor infinito. Y, ahora, imagina que muchos de sus hijos son invitados al desafío de poblar otros mundos, otros universos, con el fin de experimentar lo contrario al código original,

viviendo miles de aventuras que les harán recordar quiénes son y de dónde provienen, para así nutrir a la gran familia con esas experiencias que han salvado miles de dificultades en su vuelta a casa.

La verdad es que yo no entendía muy bien qué quería decir la Voz con todo eso hasta una noche de las tantas en las que me contaba esta historia con el fin de que mi tristeza por el recuerdo que me embargaba en mi infancia se diluyera. Me refiero al recuerdo de otra familia que no era la formada por mis padres y mis hermanas en la Tierra. Yo extrañaba un lugar de luz y una familia que sentía que era la mía, un lugar al que pertenecía y al que cada noche quería regresar, y los maestros usaban diferentes estrategias para que mi dolor se fuese disipando con el paso del tiempo, pues en ese momento no lo comprendía. A mi alma le costó mucho alinearse con la energía de la Tierra, hasta que un buen día el recuerdo se disolvió y, en la actualidad, cuando conecto con ese no tan nítido recuerdo, el dolor se transforma en la esperanza y el convencimiento de que cada segundo que pasa es un regalo vivido en esta experimentación, pero también una cuenta atrás que me acerca de nuevo a mi verdadero y real hogar.

Este cuento sobre la gran familia comenzaba con la invitación de muchos de esos hijos. Como me contaban la Voz y mis demás maestros, muchos de esos valientes hijos habían decidido adoptar miles de formas: algunos la de árboles; otros, la de flores, volcanes, presas o mares. Ellos serían los testigos de la llegada de otros miles y cientos de miles de invitados que habitarían en estas tierras y mares, o que surcarían los cielos, y todos ellos, apoyándose en una larga carrera por existir, ayudarían a los hombres, quienes se inspirarían en aquellos para desarrollar las experiencias que antes de nacer habrían elegido desarrollar con el propósito original antes mencionado.

El personaje en cuestión de esta historia era Iam, un niño que pertenecía a la tribu de los hijos de las estrellas, una de las tribus que poblaban un asentamiento a las orillas de un río que ellos llaman el río de la Vida.

Todos, en esta tribu, formaban un enorme clan en el que, a diferencia de otras tribus, cada uno de los componentes trabajaba para un bien común y, además, cada uno sabía cuál era su lugar y su contribución y cada uno era insustituible, pues formaban un perfecto engranaje que hacía que todo funcionase a la perfección. Fuera cual fuese el desafío a superar, cada uno había pasado una prueba que ellos llamaban la *invitación o iniciación de estar despierto*.

En nuestra línea cronológica, Iam había cumplido la edad de catorce años y le había llegado el momento de superar su prueba. Él no tenía ni idea de qué sucedería, pues este momento sagrado era un secreto bien guardado por todos los que lo habían pasado y, hasta entonces, Iam solo era consciente del profundo amor y de los cuidados que todos los miembros del clan le habían profesado tanto a él como a todos los niños que formaban parte de esa gran familia. Y el momento llegó. Acompañado por los encargados de iniciar a los niños que se convertían en adultos, disfrutaron de un largo viaje de semanas. Mientras recorrían grandes extensiones de territorio nunca explorado por Iam, algunos de estos compañeros de viaje iban desapareciendo, de modo que fue conducido hasta un punto desconocido por Iam hasta ese instante, no obstante, rápidamente se daría cuenta de que ese sería el final de la compañía para que una nueva vida comenzase.

La última noche, acompañado ya por el último miembro de su clan, Iam se durmió desconcertado por la ausencia de sus otros compañeros, pero el agotamiento lo había vencido, así que se dispuso a descansar, pues en su cabeza todavía creía que el viaje seguiría y había que reponer fuerzas. Sin embargo, al despertar en la copa de un árbol seleccionado cuidadosamente para descansar, abrió los ojos para contemplar ese nue-

vo mundo al que había sido conducido y tal fue su sorpresa cuando se halló solo, su último compañero no estaba. Su primer pensamiento fue permanecer a la espera, pues pensó que el compañero, como era su costumbre, había ido a aprovisionarse de alimentos para poder proseguir el largo viaje, pero la posición del sol dejaba entrever que el día se consumía y una extraña sensación que Iam no reconocía comenzaba a hacerse más y más presente en él.

Esa sensación no era otra que el miedo, acompañado de una profunda sensación de soledad. Ambos acrecentaban la confusión que abrió la puerta a otras sensaciones que fueron presentándose al caer la noche, pues los sonidos nocturnos en la selva iban plasmando la clara idea de que Iam había sido abandonado a su suerte. Muchos pensamientos que nunca habían poblado su cabeza aparecieron: se preguntaba qué había hecho él para ser abandonado, y de la mano de la culpa siguieron también otras ideas que lo sumieron en un profundo llanto y en un dolor que, con el paso al siguiente día, solo fueron acallados momentáneamente por la sed y el hambre, imposibles de saciar en la copa de ese árbol. Así que, con la claridad del nuevo día, con mucha cautela, en un territorio no explorado y sin compañía, ni amor ni guía, entendió que era el momento de sobrevivir. Sin embargo, el miedo, ese nuevo compañero que se había hecho presente y crecía cada vez con más fuerza, parecía no tener intención de desaparecer e hizo que Iam se debatiera entre sobrevivir o dejarse morir.

Pero no estaba solo el miedo en su cabeza, también había una hermosa canción interpretada por su clan en los momentos de conexión con las estrellas que él había oído desde su concepción y que parecía no haberle abandonado. Esa canción le daba fuerzas para seguir pensando que debía permanecer vivo, pues de un momento a otro vendrían a por él.

Iam no lo sabía, pero su iniciación había comenzado. El gran viaje que le esperaba era una experiencia llena de oportu-

nidades y nada ni nadie podían privarlo de ella, así que se decidió a explorar en busca de agua, ya que su cuerpo se estaba debilitando. Caminó y caminó, pero no encontró ni atisbo de esta, y casi a punto de desistir, aconsejado por sus nuevos amigos —el miedo, la culpa y la desolación—, prestó atención a unos arbolillos conocidos por él y que no eran otra cosa que unos cactus. Rápidamente recordó que, en las expediciones con algunos de su clan, cuando era un poco más pequeño, aprendió que estos arbolitos contenían agua. Se hizo con unas piedras tal como había visto proceder anteriormente y logró sacarla. En ese momento tuvo el pensamiento de que si su clan lo hubiese visto hacer tremenda hazaña, se sentiría orgulloso, lo cual le dio fuerzas para alimentar el pensamiento de que cuando volviesen a por él, lo contaría, e hizo que antiguos amigos como el amor y la alegría volviesen a aflorar en su espíritu, dejándole saber que siempre estaban ahí, en su interior, a la espera de ser invitados simplemente a ser. Aquel gran logro y la idea de ponerse a resguardo antes de que cayera la noche lo alentaron a buscar comida, pues había decidido asentarse cerca de aquella fuente de agua que aún no sabía que solo sería momentánea, y se aventuró a encontrar o cazar algo para comer. Al igual que todo su clan, Iam tenía un profundo respeto por la naturaleza, la madre de todos, como llamaban a la Tierra, y esta les aportaba el alimento que brotaba de ella y la vida para nutrirlos. Y, en aquel momento, la caza de cualquier componente de la naturaleza lo honraba, pues sabía que todo lo que se honra volvería a la vida nuevamente, ya que todo pertenece al ciclo infinito de la vida.

Ese día no tuvo suerte. A decir verdad, Iam nunca había desarrollado dotes de cazador y esto lo desilusionó mucho. Al caer la noche, la frustración y el dolor fueron nuevos compañeros que se hicieron presentes y fortalecieron su miedo, nublando cada vez más la esperanza de ser incluido de nuevo en su clan, y deseaba que todo aquello fuese un mal sueño. Lo que

no sabía es que lo que consideraba un mal sueño era, precisamente, un hermoso despertar que aguardaba a que supiese abandonar a esos nuevos compañeros, entre ellos el miedo, que solo tenían una finalidad: ayudarlo a DESPERTAR.

Sin embargo, una poderosa energía, también nueva para Iam, comenzó a hacerse notar. Era la rabia, pues habían pasado semanas y nadie de su amado clan había aparecido al rescate. Pensamientos de frustración hicieron que decidiese olvidar a su gran familia y un buen día, después de salir a cazar alguna lagartija o a buscar tubérculos o frutos, sus lágrimas brotaron nuevamente de sus ojos. Sin casi darse cuenta, pudo comprobar que estas estaban siendo aprovechadas por algunos insectos que aguardaban la caída de cada una de esas gotas para ser recogidas y, mientras contemplaba eso, volvieron a su cabeza las palabras del clan que desde muy niño le recordaban que todos éramos útiles y necesarios para que la vida siguiera el mágico curso que ellos llamaban la eterna existencia, y como de un plumazo un sentimiento de valor acalló los ecos del miedo, la rabia y la frustración. Iam miró al cielo buscando la luz del sol y se hizo presente la compañía de la hermana águila que, surcando los cielos desde una posición elevada, le hizo llegar a la conclusión de que si subía a la copa de los árboles más altos, su visión sería mucho más ventajosa para ver adónde tenía que dirigirse para asegurar su supervivencia.

Y así lo hizo. Desde el árbol más alto al que pudo trepar tuvo una visión del hermoso paraje que lo acogía y que hasta ese momento él había vivido como una cárcel de la que quería escapar. Y, desde aquella nueva posición, vio allá abajo el árbol que lo había amparado, y se vio a sí mismo como un recuerdo de las semanas anteriores devorado por sus miedos y aprendió que esa visión del mundo, igual que la de sí mismo desde las alturas, le daba una nueva perspectiva y le mostraba que aquello, más que un castigo, podía ser un regalo. Siguió

explorando y aprendiendo de todo lo que le rodeaba, incluso aprendió a ser más veloz que la gacela más lenta, pues entendió que ahí afuera existen devoradores que, lejos de ser buenos o malos, simplemente cumplen su cometido. Se instruyó, asimismo, en saber identificar a los compañeros que ahora elegiría para realizar su propio viaje.

Aquella visión del águila le mostró el río más cercano, donde conoció al castor que le dio la sabiduría para construir su propia madriguera. En el transcurso de su aventura, observó también la manada de lobos, y entendió que era el momento de formar su propia manada. Y, justo después de un tiempo, se topó con una pequeña tribu desconocida que le dio la posibilidad de conocer a quien sería su pareja, que caminó con él en su viaje de descubrimiento.

Pese a todo estos logros, Iam seguía sintiendo la ausencia de su clan y algunos resentimientos, pues no entendía por qué nunca habían ido a su encuentro. Sin embargo, en uno de sus viajes de reconocimiento, llegó a la orilla del mar, y tanto le impresionó su inmensidad, que decidió asentarse en aquel majestuoso enclave que lo invitaba a vivir una profunda conexión, sin saber que ese poderoso paisaje sería la llave que lo conectaría con el despertar que había olvidado en el transcurso de su aventura, pues el vínculo profundo con la naturaleza era una poderosa herramienta de su clan.

Iam se adentró en el mar, ya que había aprendido las habilidades de la pesca, y se topó con un enorme banco de peces. Contemplar aquel maravilloso espectáculo de sincronidad que hacía que al unísono miles de peces adoptaran cientos de formas, dejando entrever la coordinación de cada uno de ellos con el resto del inmenso grupo, activó en Iam el recuerdo de muchos sueños, sobre todo de los días más difíciles del comienzo de su aventura, en los que soñaba con el clan haciendo ceremonias rituales en las que pedían por él y por los otros a los que también les había tocado el despertar y enten-

dió que, pese a estar en la lejanía, su clan había estado siempre presente en su experiencia. Fue entonces cuando se disiparon su rabia y aquellos otros compañeros perniciosos que se habían hecho espacio en sus emociones. En su lugar, una energía de profundo amor enterneció su corazón, y el deseo del encuentro tomó la forma de una realidad que se produciría de un momento a otro.

Un buen día, de regreso al campamento, sentado en el río, Iam observó a un antiguo amigo que procedía del mar, y que no era otro que el poderoso salmón, quien intuitivamente realizaba el viaje a casa para desovar, aunque la vida le fuera en ello, pues era conocedor del profundo secreto de la vida eterna. Y fue entonces cuando entendió el poderoso misterio por el que había sido guiado. Fue entonces cuando despertó la intuición y se reafirmó en que era el momento de llegar a casa, pues poseía la verdad de que, más allá de su amado clan, el encuentro con este solo sería una parada necesaria para el regreso al verdadero hogar al que pertenecía y que, desde tiempos inmemoriales, estaba a la espera del celebrado y futuro encuentro.

Este relato sobre la gran familia que la Voz compartió conmigo cuando era un niño para responder a aquellas preguntas que le hice —¿qué sentido tiene todo esto?, ¿qué sentido tiene la vida?, ¿y qué sentido tiene la muerte?— me permitió saber que no estamos solos, que existen otras realidades, o, mejor dicho, otros planos de conciencia en donde se encuentran nuestros seres amados que partieron y donde, en algún momento, cuando partamos nosotros, viviremos el reencuentro. Pero hasta ese entonces y, aunque no seamos conscientes, los espíritus nos guían y nos apoyan en esta experiencia y en este maravilloso escenario donde nos aguarda la función teatral que vinimos a representar y que conocemos como *vida*.

Los espíritus guías, maestros o familiares en el otro plano tienen la capacidad de influenciarnos, de una manera muy

inconsciente para la gran mayoría de las personas, y de manera semiconsciente para muchas otras, que atienden y desarrollan una poderosa herramienta de la que todos disponemos y que quizá muchos estén en el periodo de descubrir; y esta es la intuición, el lenguaje con el que se comunica el otro lado en momentos precisos y de manera espontánea, indicándonos tomar una u otra dirección.

En mi caso, los espíritus me han guiado, motivado y animado a escribir lo que en este libro comparto contigo, comenzando por mi propia experiencia como médium y con las experiencias de otras personas que, haciendo uso del mensaje de sus guías, transformaron sus vidas y siguen haciéndolo en un camino de mejora personal en el que el amor incondicional se reveló como el motor de la sanación de cualquier herida producida por la pérdida. Es importante darnos la oportunidad de entender lo que sucede cuando dejamos esta forma física, este envoltorio material del cuerpo, y hacemos el paso al otro lado, pues entonces seremos conscientes de la multidimensionalidad de la que comenzaremos a formar parte de modo consciente y en la que seguiremos experimentando un crecimiento evolutivo. Allí, la frecuencia vibratoria del amor infinito nos espera, apoyándonos mientras realizamos tan fascinante viaje.

Pero rebobinemos un poco y hablemos primero de lo que sucede antes del nacimiento, que es una de las preguntas que también nos hacemos a menudo. Los guías espirituales sostienen que justo antes de nacer nuestro *yo consciencia* (también llamado *yo origen*, o conocido como *yo esencia*), se diseña un plan de experimentación. El alma, que es una fracción del todo, crea la ilusión de la separación de este y diseña diferentes escenarios, aprendiendo a través de las experiencias en la Tierra. Posteriormente, seguirá aprendiendo en otros planos de consciencia, intangibles para el ser humano por el momento y por donde pasaremos hasta llegar de nuevo al origen, con

el fin de transmitir nuestras experiencias. El alma vive justo experiencias contrarias al estado original de consciencia, que es el amor infinito, con el fin de recordar y regresar a ese estado original, y este fascinante viaje es diseñado por el *yo origen*.

Cuando nacemos, olvidamos todo, pues el reto es recordar lo que somos y de qué estamos formados y vibrar en esa frecuencia. Para que esa parte de nosotros que llamamos *el espíritu* (el hacedor de toda vida, que es la inteligencia divina, la divinidad) pueda expandirse, decide experimentarse. He podido aprender al respecto que todos nacemos con unos espíritus guías o una familia de almas que nos ayudan a crear las experiencias que vamos a experimentar. Unos nos acompañarán espiritualmente y otros se irán incorporando a modo de seres queridos, o no tan queridos, con los que tenemos la fortuna de vivir experiencias que nos harán crecer y realizar nuestro propósito espiritual, según se acerque o se aleje del propósito del ego, herramienta que nos aporta la ilusión de la separación del todo, del espíritu o de Dios, como queramos llamarlo, con la que somos dotados. Más adelante compartiré la visión que tienen los espíritus de este proceso.

Muchas de estas almas —o personas, si las queremos llamar así— que nos acompañan y a las que acompañamos en este fascinante viaje de la vida también formarán parte de nuestros espíritus guías cuando partan al otro lado antes que nosotros, y comenzarán a guiarnos espiritualmente con el fin de amarnos y apoyarnos en nuestra experiencia terrenal y a transmitirnos el conocimiento que van obteniendo en su aprendizaje allí donde se encuentran, en su vuelta a casa, para allanarnos el camino que antes o después vamos a recorrer. Un camino que si tenemos las claves conscientes, será el mejor viaje que podamos soñar. Estos guías son familiares difuntos que, por amor, siguen vinculados a nosotros energéticamente y que, a medida que avanzan en consciencia en el mundo espiritual, nos influyen o inspiran para que vivamos una vida

en la que aprendamos de nuestras experiencias. Y también nos preparan y acompañan en nuestro viaje al otro lado.

Hay espíritus guías que son maestros espirituales con los que pactamos antes de nacer para que nos ayuden a realizar el plan que nuestra alma viene a representar. También están los ángeles y los diferentes espíritus de elevada consciencia que cooperan positivamente para que la humanidad aumente su consciencia de manera global, para que dejemos atrás las viejas estructuras que nos incapacitan por la frecuencia del miedo a experimentar como lo que realmente somos: seres con capacidad de tener una experiencia armoniosa y creativa de vida. Todos estos guías, al igual que nosotros, forman parte de un todo que denominamos espíritu, al que te propongo que descubras a través de mi experimentación como médium. Deseo realmente que estas páginas te aporten una visión más amplia del mundo espiritual y que sean una guía que te provea de recursos y conocimientos para tu mayor bien.